

Desde Puente Nacional hasta una sala de formación empresarial, Miguel Castellanos y María Teresa Franco comparten una convicción: liderar es transformar el territorio y la empresa con propósito, desde la acción y el conocimiento que se comparte.



Miguel Humberto Castellanos Archila

Un puente al futuro

PAOLA ESTEBAN C.
besteban@vanguardia.com

A las tres y media de la mañana, en la vereda Popoa Norte, el frío cala los huesos y el lodo se pega a los zapatos como si no quisiera soltar. Miguel Humberto Castellanos Archila recuerda a esos niños, algunos aún con sueño, otros en brazos de sus padres, caminando durante horas para llegar al colegio porque el puente colapsó. No había paso. No había transporte. No había respuesta. Él tampoco era concejal aún. Era un vecedor ciudadano con una libreta en la mano, una indignación bien plantada y una pregunta insistente: ¿y ahora qué hacemos?

“Desde una vereda olvidada entendí que el liderazgo es no quedarse quieto”, afirma Miguel Humberto Castellanos Archila.

Fue ahí, dice, donde entendió que la política no era discurso, sino acción. Y que, en los pueblos, los problemas llegan primero por trocha, no por Twitter.

Miguel habla con la velocidad de quien tiene mucho que decir y poco tiempo para adornarlo. Es concejal de Puente Nacional, un municipio en el suroccidente de Santander con 27 veredas, una historia ferroviaria olvidada y una topografía que va del páramo al calor húmedo de los cultivos. Nació y creció allí, entre las montañas que sus abuelos eligieron para echar raíces. “Puente Nacional es lo más grande que tengo en mi vida”, dice sin dudar. Lo dice con esa fuerza que tienen quienes no se avergüenzan de amar su lugar en el mundo.

Su primer contacto con la política fue familiar. En 2007, su padre se lanzó al concejo, y Miguel, entonces adolescente, repetía los discursos de Horacio Uribe como si fueran canciones. Pero más que un juego de imitación, aquello se volvió un entrenamiento político: aprendió a hablar en público, a escuchar a la gente y, sobre todo, a hacerse preguntas sobre lo que podía cambiar. “Mi familia siempre fue galanista”, dice con orgullo, como

quien hereda una forma de mirar el país.

Una de sus obsesiones son las vías terciarias. No porque sea un tema técnico, sino porque lo escucha una y otra vez en las veredas: los campesinos no piden internet ni parques, piden vías para sacar sus productos. Pero también se rebela contra el discurso vacío de las promesas. “Todos prometen arreglar las vías, pero nadie habla de la capacidad presupuestal del municipio. ¿Cómo las van a arreglar? ¿Con qué maquinaria? ¿Con qué dinero?”

Ese pensamiento estratégico se fortaleció en su paso por Lideremos, un programa de formación de liderazgo en el que, según dice, aprendió lo más difícil para un santandereano: escuchar. “Aquí somos echados pa'lante. Si no nos sale algo, buscamos otra forma, pero no escuchamos. En Lideremos entendí que liderar no es imponer una razón, sino construir consensos desde la palabra”.

Cuando se le pregunta cómo sueña a Puente Nacional en 10 años, no habla de grandes obras ni de slogans de campaña. Habla de lo que ha visto en los ojos de la gente: mejores vías terciarias, turismo ecológico como motor de ingresos y educación como base de todo. “Yo no quiero que los jóvenes se queden aquí por falta de opciones, sino porque quieran transformar su propio territorio”.

Miguel sabe que hay cosas que no se olvidan. Como esa vez que un puente caído le mostró todo lo que hacía falta construir. No solo en la carretera, sino en la forma de hacer política.



Suministrada / VANGUARDIA

María Teresa Franco Ardila

El conocimiento que transforma

PAOLA ESTEBAN C.
besteban@vanguardia.com

La primera vez que María Teresa Franco Ardila sintió que lo suyo era liderar fue en una sala pequeña, frente a un grupo de empresarios que la miraban con escepticismo. Ella hablaba de transformación digital, de estrategia, de futuro. Terminó la sesión, y uno de ellos se le acercó: “no sabía que necesitábamos esto hasta que la escuché”. Ese día entendió que su vocación era inspirar.

Administradora de empresas con especializaciones en gestión estratégica y dirección de proyectos, María Teresa lleva más de dos décadas dedicada a acompañar organizaciones desde la formación, la consultoría y el liderazgo regional. Su propósito ha sido claro desde el comienzo: demostrar que el conocimiento, por sí solo, no transforma nada. Lo que realmente cambia el panorama es la forma en que se comparte, se aplica y se vuelve motor colectivo.

A lo largo de su trayectoria ha trabajado con compañías que representan el alma productiva de la región: Regis, Frutox, Clínico del Oriente, Búfalo Sentado, Jarris, la Asociación Hecho en Lebrija, entre otras. Con ellas ha construido estrategias que le han permitido sostener-

se en tiempos de crisis y crecer con visión de futuro.

Uno de los retos más grandes, dice, es la transformación digital. “Muchas empresas no están preparadas para lo digital, o están a medio camino. Les cuesta desaprender, les cuesta adaptarse”, explica. Para ella, el proceso va mucho más allá de lo tecnológico: implica cambiar la cultura organizacional, poner al cliente en el centro, y construir una estructura flexible e innovadora.

María Teresa hace parte del grupo de becarios del programa Lideremos, una experiencia que describe como profundamente transformadora. “Me ha permitido fortalecer no solo mi hacer, sino mi ser. He tomado herramientas que ya aplico con mis estudiantes y con los empresarios a los que asesoro. Lo que más valoro es que este espacio nos permite aprender desde la experiencia de otros. Nos inspira a seguir apostando por la región”.

Además, está culminando su doctorado en dirección de proyectos, convencida de que la formación permanente es parte esencial del liderazgo. “Soy una enamorada del conocimiento. Pero más aún de compartirlo. Creo que ese es el verdadero valor de aprender”.

Cuando se le pregunta cómo se ve en cinco años, responde sin dudar: ayudando a consolidar un ecosistema empresarial más humano, más colaborativo y más sólido: “quiero seguir formando líderes, pero sobre todo, acompañando procesos que dejen huella. Que tengan propósito. Que generen bienestar”.

Y si pudiera hablarle hoy a las mujeres jóvenes que se forman en administración y liderazgo, les diría: “están hechas para cosas grandes. Tenemos la capacidad de transformar, de resolver, de imaginar. Aprovechen cada espacio de formación como una oportunidad para inspirar y crear un mejor futuro. No se limiten, ni se dejen limitar”.



Suministrada / VANGUARDIA